

—Y fácilmente; por eso os hacía la seña para que no fué-
seis á romper con ella.

—Os comprendí, y teneis razon.

—Así es mejor.

—¿Y qué creéis que debemos hacer ahora?

—Pensaremos; es un plan que necesita meditarse.

—Pues meditaremos.

XXII.

Donde se prueba que la causa mas mala tiene siempre modo
de ser defendida.

Doña Esperanza regresó á su casa, y Martin lleno de sa-
tisfaccion fué en la misma tarde á dar parte de lo ocurrido
á Don Leonel y al Padre Salazar.

Doña Esperanza habia quedado sola con la muda, y cer-
ca de las oraciones de la noche se presentó un caballero se-
guido de otras dos personas, haciéndose anunciar como un
escribano que tenia que hacer una importante notificacion
á Esperanza.

La jóven se excusaba con la ausencia de Martin; pero el
hombre insistió, y Esperanza, acompañada de la muda, sa-
lió hasta el corredor: comenzaba ya á oscurecer.

—Señora—dijo el escribano acercándose respetuosamen-
te—soy escribano y vengo con dos testigos á haceros una
notificacion importante.

—Decid—contestó Esperanza—aunque nada contestaré
mientras no esté aquí mi tutor.

—Nada teneis que contestar; no mas que no conviene
que otra persona se entere del negocio, y aquí está la se-
ñora—dijo señalando á la muda.

—Es de la familia—contestó Esperanza.

—No importa; es una notificación secreta.

—Esta señora es sordo-muda.

—¿De veras?

—Jamás miento.

—En ese caso, tened la bondad de oírnos.

El escribano se acercó á Esperanza sacando un papel, y los testigos se agruparon: la jóven, que nunca habia visto hacer una notificación, nada extrañó de esto.

La muda permanecia indiferente á corta distancia; en el semblante de Esperanza nada descubria que pudiera alarmarla.

El escribano miró á la jóven, luego á los testigos, y exclamó repentinamente:

—Ahora.

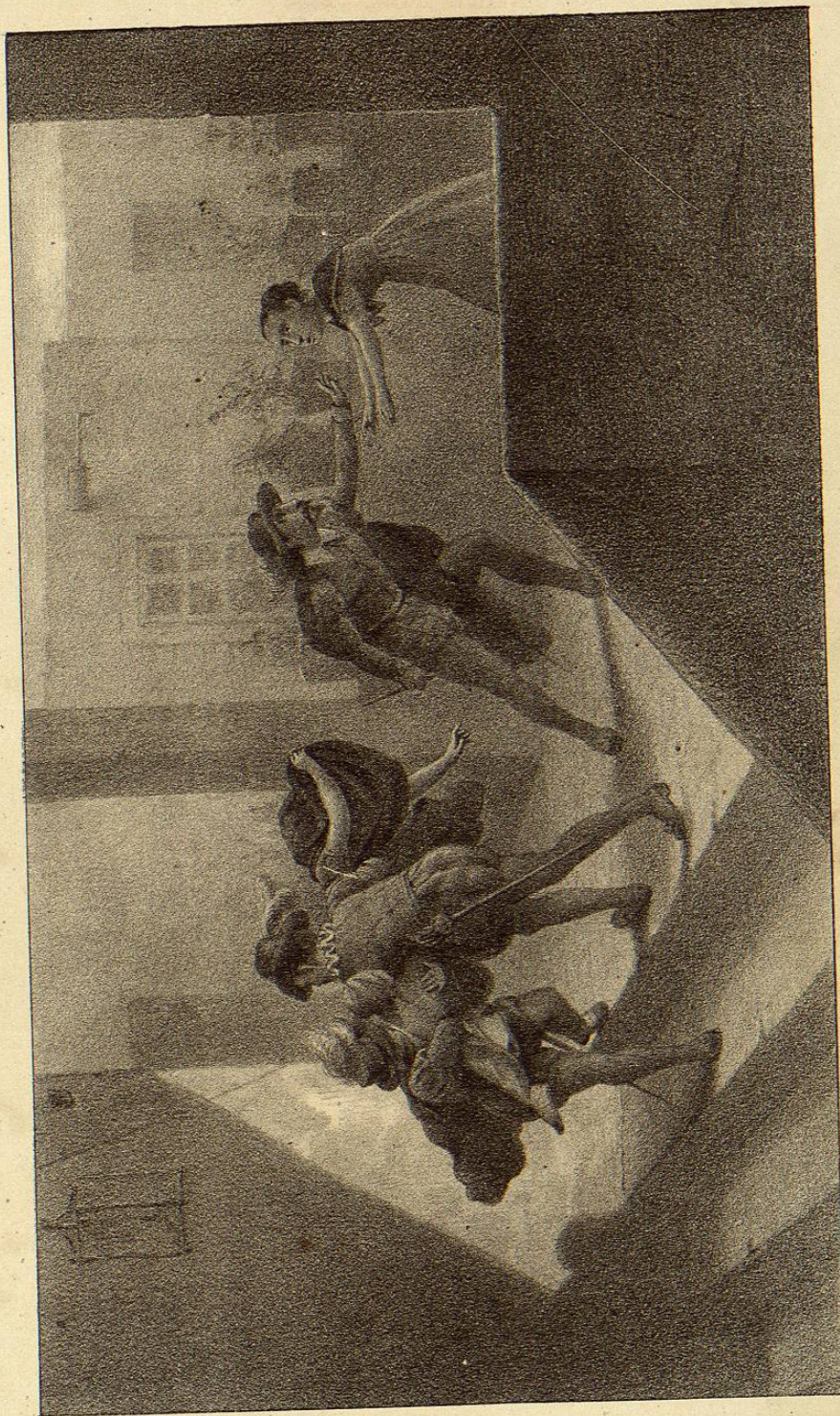
Los testigos estaban tan cerca de Esperanza, que la jóven no tuvo tiempo ni para moverse, y en un momento la envolvieron en una capa, le pusieron una mordaza y la arrebataron dirigiéndose á la escalera.

La muda se lanzó en su defensa; pero el fingido escribano se interpuso entre ella y los raptores con una daga en la mano.

María, que no podia gritar, se contuvo un momento; pero despues dando una especie de ronquido gutural, se arrojó ciega sobre su adversario.

El hombre hizo al principio ademan de herirla; pero cambiando despues de opinion, empujó á la muda violentamente y con todas sus fuerzas; la infeliz cayó de espaldas, su cabeza rebotó contra el pavimento, y luego quedó inmóvil.

El falso escribano esperó por un rato observándola; pero viendo que continuaba sin moverse, guardó la daga y alcanzó á los que conducian á Doña Esperanza, que iban ya en el patio.



EL RAPTO.

Los criados los vieron salir, pero nadie les dijo una palabra, y los hombres metieron á la jóven en una carroza que esperaba á la puerta; se colocaron ellos, y la carroza partió sin que ninguno pensase siquiera ver el rumbo que habia tomado.

Media hora despues llegaba Martin y tocaba alegremente la puerta de su casa. Los criados nada habian notado aún de lo ocurrido arriba, solo advertian que los corredores permanecian oscuros y que no habia movimiento.

Garatuza entró preguntando por qué no habia luz en el corredor.

—Seguramente así lo habrá dispuesto la señora—contestó el portero.

—Es extraño—pensó Martin, y subió casi á tientas.

Al llegar al corredor y dirigirse á una de las habitaciones, tropezó con algo.

—¿Qué es esto?—dijo bajándose á examinar.—¡Calle, esta es una mujer dormida!..... No, está inmóvil, estará privada. ¡Quizá muerta! ¿Pero quién es? ¿Cómo! ¿no habrán visto nada Doña Esperanza y María? Voy por una luz.

Y Martin se entró por las habitaciones, que estaban oscuras y solas, gritándole á María y á Doña Esperanza, pero nadie le contestó; hasta que al fin en el fondo de la casa, en un aposento, encontró á su hijita rodeada de todos los criados y entretenidos hasta olvidar sus obligaciones, en escuchar un cuento de muertos y aparecidos que referia una vieja.

Al ver á Martin todos se levantaron, y la niña corrió á encontrarlo.

—¿Adónde están las señoras? ¿Por qué está la casa sola, oscura?—preguntó Martin.

Los criados no supieron qué contestarle.

—Una luz—continuó Martin—una luz, que en el corredor hay una muerta.

—¡Jesus nos ampare!—exclamaron los criados, con la impresion viva de los cuentos que habian oido á la vieja.

—Una luz pronto!—dijo impaciente Garatuza.....

Una de las mujeres temblando le alargó el candil que habia sobre la mesa.

Martin presintiendo ya alguna desgracia, salió precipitadamente; las mujeres le siguieron de lejos.

Llegó al corredor, acercó la luz al rostro de María y la reconoció.

—Maldicion! es María!

—La señora!—repetieron las criadas acercándose y procurando impedir que la niña viera aquel espectáculo.

—¿Pero qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?—decia Garatuza arrodillado en el suelo levantando la cabeza de la muda.—Está privada, está privada no mas; pronto, acercaos, vamos á conducirla á la cama. ¿Donde está Doña Esperanza?

—Nada sabemos—dijo una criada.

—Oh! es preciso averiguar: en esto anda la mano de Don Alonso; pero ya me la pagarán, ya me la pagarán. Vamos! alzádmela con cuidado.

Habian levantado ya á la muda y la conducian cuidadosamente para su cámara, cuando hizo un movimiento y abrió los ojos. Garatuza, que iba á su lado con el candil, la observó.

—Ya vuelve en sí—dijo;—vamos con cuidado.

María vió á Martin y se sonrió con dulzura; él le tomó una mano.

—La colocaron en su lecho, y Martin la hizo tomar una poca de agua.

Entonces María se incorporó, y por medio de señas indicó á Martin cuanto habia pasado, hasta el momento en que el golpe la habia dejado sin sentido.

—¡Lo decia yo! lo decia yo!—exclamaba Martin examinando la herida que el golpe habia hecho en la cabeza de María:—aquí andan Don Alonso y Doña Catalina; afortunadamente que esto no es nada; el golpe privó á mi pobre María del sentido, pero no es cosa de riesgo: una poca de agua fria. Pero esta Doña Esperanza ¿dónde estará? ¿cómo encontrarla? Preciso será que me ayuden Don Leonel y el Padre Salazar..... Voy á verlos; en esto no debe perderse un instante; son capaces de matarla para hacerla desaparecer.

Acostó otra vez á María, y luego llamando á las criadas, les dijo:

—Lavad esa herida de la señora con agua fria, cuidando de no lastimarla; yo volveré dentro de un instante.

Se acercó despues á la cama é hizo seña á María de que iba en busca de Doña Esperanza; la muda le hizo un signo de aprobacion y Martin salió precipitadamente.

.....
.....
—Supongo que no os quejareis de vuestra suerte—decia en la misma noche Don Alonso á Doña Catalina:—apenas meditamos un plan, ya nos ha salido á pedir de boca.

—Sí, en efecto.

—La heredera de Don Pedro de Mejía ha desaparecido, y vos sereis la dueña del caudal, conforme lo dispone el testamento.

—¿Y no temeis que las sospechas recaigan sobre nosotros?

—Sí que lo temo, y por eso me he preparado ya.

—Cómo!

—Haciendo denuncia del Don Santiago de Carbajal, que

se ha presentado con una Doña Esperanza que no existe, porque se le pide al juez que la haga comparecer, y aunque él asegura que ha desaparecido, esta no es sino la prueba de que era una burla, una impostura, que la dicha Esperanza no existe, y él se verá obligado á defenderse, y no tendrá lugar de atacar.

—¿Pero no temeis el juicio?

—Le temiera sin la desaparicion de Esperanza, porque entonces ella tendria el dinero y nosotros seriamos los pobres, cuando hoy es todo lo contrario y la ventaja está de nuestro lado.

—Teneis razon.

—Pero ahora es preciso meditar qué hacemos con esa muchacha.

—¿En donde está?

—En una casita cerca de la orilla de la laguna: es una casa aislada, triste y á la que nadie va; de manera que estamos enteramente seguros; pero no sé qué hacer de ella.

—Creo que lo mejor será entregársela á mi madre.

—Me parece bien.

—Y que ella determine.

—Pero es capaz de matarla.

—Mejor para nosotros: ella sabrá lo que hace; tiene ella mas prudencia y mas arbitrios que nosotros dos juntos.

—Llámala.

—Voy á verla.

Doña Catalina se entró, y Don Alonso se quedó meditando.

Poco despues salió la jóven Catalina acompañada de la madre.

—¿Qué se ofrece?—dijo la vieja.

—Queremos consultaros y que nos ayudeis en un negocio.

—Es raro—dijo la vieja—porque hace mucho que no contais conmigo para nada.

—Por no molestaros—contestó Don Alonso.

—Conmigo nada de hipocresías; decid mas bien que no me necesitábais. Adelante.

—Madre mia—dijo Catalina—dejad esos sentimientos y ayudadnos, que estamos en una dificultad.

—Bien; hablad, que os escucho.

—Sabeis, señora, todo lo que ha ocurrido con el testamento de Don Pedro de Mejía.....

—Sí; sé que por vuestra demasiada confianza os burlaron esa herencia por la que tanto habíais trabajado.

—No os lo puedo negar—continuó Don Alonso;—pero al fin, Catalina fué nombrada heredera para el caso de faltar Doña Esperanza.

—Lo que seguramente no sucederá—dijo la vieja.

—Lo que sucedió ya—contestó Don Alonso.

—¿Cómo!

—Nosotros hemos hecho robar esta noche á esa muchacha, y está en un lugar seguro.

—¿Bendito sea Dios que pensásteis algo en orden! ¿Y qué va á ser de esa dama?

—Eso queriamos consultaros.

—¿Hareis lo que os diga?

—Sí, y aun mas; lo dejamos á vuestro cargo.

—Pues dejadlo, y es mejor; vosotros no sois capaces de hacer dos cosas buenas, y ya habeis hecho una: ¿adónde está esa muchacha?

—En una casita aislada, al Oriente de la ciudad.

—¿La guarda gente segura?

—De toda confianza.

La vieja se puso á meditar; Don Alonso y Catalina se miraron.

—En primer lugar, ¿sabeis adónde y con quién vivia?

—Sí.

—Pues mañana temprano, cuidad de ir á buscarla á esa misma casa, y procurad mostrar asombro y dolor por su desaparicion.

—No lo creerán.

—¿Quiénes?

—Los de su casa.

—Niño sois, Don Alonso; que no lo creerán en su casa es natural; pero entre el vulgo sí, y esto es lo que mas os importa: ¿no sabeis lo que es tener uno al vulgo de su parte en una causa? vale esto mas que la sentencia de un juez.

—Iremos—dijo Catalina.

—Y luego vendreis, y yo os esperaré, y sabreis lo demas.

—¿Pero y la muchacha entretanto.....

—Dejad eso á mi cuidado, que no soy tan bisona como vosotros: ¿creeis que no habrá cuidado en esta noche?

—Lo creo.

—Pues entonces dormid tranquilos, y mañana vereis.

—Fiamos en vuestra inteligencia—dijo Don Alonso.

—Ojalá y eso hubiérais hecho desde el principio, que no andaríais ahora en estos trabajos.

La vieja se levantó, y sin hablar mas se metió á su aposento, dejando á Don Alonso y á Catalina hacer comentarios sobre el plan que se habia propuesto.

.....
.....
Martin llegó espantado á la casa de Don Leonel.

Garatuza resentia el golpe doble, porque en el fondo tenia un gran cariño por Doña Esperanza, cuyo carácter y cu-

yas desgracias le interesaban; y además, él, que se tenia por hombre astuto, habia sido burlado por enemigos que no le conocian, cuando él los conocia perfectamente.

Don Leonel estaba solo, el Padre Alfonso habia salido, y Martin pudo hablar al amante de Doña Esperanza sin testigos.

—¿Qué se ofrece, Martin?—preguntó Don Leonel viendo que volvía tan presto y cuando menos esperaba.

—Don Leonel, os traigo una noticia fatal.

—¿Qué ha sucedido pues?

—Que se han robado á Doña Esperanza.

—¿Se la han robado? ¿pero quién? ¿cómo? Habla.

—No sé nada, nada: mientras estaba aquí con vosotros, tres hombres han entrado á la casa, le han dado un golpe á mi pobre María, y se han robado á la jóven.

—Pero esto es increíble.

—Y sin embargo, así ha pasado.

—Tú no sospechas.....

—Mas que sospechar, tengo seguridad de quién es el autor de este crimen.

—¿Y quién?.....

—La viuda de Don Pedro de Mejía y su amigo Don Alonso de Rivera.

—¿Serian capaces?

—No lo dudeis, ellos son, porque ellos solos tenian interes en que desapareciera Doña Esperanza para entrar en el goce de la herencia.

—Pero eso mismo me hace creer que no sean ellos, porque comprenderán que de ellos debia sospechase luego.

—Pues si no ellos, ¿quién?

—Es preciso averiguar, y ante todo, por si ellos son, no proceder con ligereza. Serian capaces de matarla, y care-

ciendo nosotros de pruebas, sin mas dato que tus sospechas.....

—Ante todo, lo que importa es buscar á Esperanza.

—Eso es lo primero. Vamos.

—Vamos.

Don Leonel se ciñó su espada, se enganchó una daga y dos pistoletes en el cinto, y cubriéndose con su ferreruero, salió calándose hasta las cejas un sombrero negro, seguido de Martin.

—¿Adónde vamos primero?—preguntó.

—A mi casa—contestó Martin.

Y echaron á andar.

XXIII.

En el que resulta lo que menos podía esperarse.

Don Leonel y Martin anduvieron en vano toda la noche; nadie les daba la menor noticia, y como no conocian siquiera las señas del carruaje, sus preguntas y sus pesquisas eran mas vagas.

Cansados, desesperados, sin saber qué hacer, regresaron muy cerca de la madrugada á la casa de Garatuza.

La muda dormia, y los que la asistian dijeron á Martin que se habia sentido muy aliviada.

Don Leonel se paseaba en la sala de la casa, sin querer acostarse en la cama que le habia hecho disponer Martin.

—Descansad aunque sea un rato—dijo Garatuza;—mañana quizá encontraremos algun indicio.

—Está esto tan oscuro, que me parece imposible averiguar nada; á menos que una feliz casualidad nos dé el hilo de este ovillo.

—Creo que si pudiérais hablar con Don Alonso de Rivera ó con Doña Catalina, tal vez alcanzaríais algo.